realizada por Manuel Criado de Val, ha habido una *Danza de Don Carnal, el Caballero y la Muerte* y otra versión de Criado, ésta sobre *La Celestina.* El montaje de esta última versión corrió a cargo de Mario Antolín, y fueron intérpretes Maite Blasco, Blanca Sendino, Maribel Amézaga, Lola Lemos, Elisa González, Encarna Abad, Ricardo Merino, José María Escuer, Juan Lizárraga, Valeriano Andrés y Ricardo Gil. La escenografía fué de Burgos, y las adaptaciones musicales, de Cristóbal Halfter. La *Danza de Don Carnal, el Caballero y la Muerte* se representó indistintamente junto con *Doña Endrina* y con la adaptación de *La Celestina.* El *ballet* y la coreografía corrieron a cargo de Alberto Lorca; la música, de Halfter también, y Criado se encargó del texto, en su totalidad sacado de los clásicos. Héctor Zaraspe interpretó el personaje de *la Muerte.*

Yo asistí a la función en que se ofrecía este *ballet* además de *Doña Endrina.* Debo confesar que el *ballet* me interesó poco. Se desperdiciaron absolutamente las posibilidades de ese marco alucinante que es Hita. Otro tanto ocurrió con la representación de *Doña Endrina.* La experiencia del año anterior debería haber servido para que se modificase la concepción de la puesta en escena y del espectáculo (recordemos que sin más variantes que los decorados, este mismo espectáculo es el que se nos ofreció en el María Guerrero, en riguroso estreno, hace más de un año). Fueron principales intérpretes Mari Carmen Prendes, Carmen Sáez, Ricardo Merino, Enrique Navarro, etc. Dirigió Angel Fernández Montesinos.

Creo, en resumen, que no se ha acertado todavía con este Festival de Hita. Y es lástima, porque, en principio, la idea no puede ser más plausible.—RICARDO DOMENECH.

WASHINGTON IRVING Y EL ALMA ESPAÑOLA

EL ÚLTIMO CAUTIVO DE LOS MOROS DE LA ALHAMBRA

En el siglo XIX literatos nómadas anotaron en sus cuadernos de viaje la impresión de un mundo que se les ofrecía para la andanza, con la novedad de paisajes no vistos, con el sorprendente magnetismo de un alma seductora como las sirenas, sobre los que incidía —alma y paisaje— el arrebatado numen infundido por el romanticismo, recayendo por igual sobre el escenario y sobre los romeros ávidos de emo-

ciones estéticas. Así nació un nuevo lenguaje expresivo, captado sobre la realidad, pero sublimado, jerarquizado en el intento de interpretar bellamente el universo, y el estilo se cargó, como una pila eléctrica, con el choque sentimental que la subjetivación de lo que nos rodea lleva al ánimo predispuesto para la gracia de transmutar, como en una alquimia favorable, el hecho y el acto, en imagen y en sueño. Así salieron, entre otros, Goethe, Heine, Byron, Próspero Mérimée, los Gautier, Pierre Loti, para aprisionar en páginas duraderas la constancia intelectual de su aventura, nuevos descubridores de un filón estilístico subyugante y renovadamente joven, pues iban en busca de material novelesco para enriquecer la experiencia de la indagatoria humana. El viaje complementó a la literatura, y en el horizonte así ensanchado se inscribieron con nuevas perspectivas los relieves espirituales del individuo.

Y hoy, ya pasados —en 1959— los cien años de la muerte del norteamericano Washington Irving, acudimos entre los muchos libros que en vida le dieron renombre, popularidad y fortuna, a aquel que tiene por afinidad temática más atractivos para nosotros, hispanoamericanos: los *Cuentos de la Alhambra.*

Del padre escocés y de la madre inglesa había heredado, sin duda, el neoyorquino, nacido en 1783, aquella mesura cordial que da tersura y sobriedad a la narración. No hay desbordes fantasiosos, y hasta cuando nos confía historias quiméricas, cuando evoca leyendas o despierta con escalofrío relatos de aparecidos, no pierde el contenido ademán, el buen tono controlado, que es su herencia británica. Acaso en ello resida el crédito que se sigue prestando a su palabra; acaso la ausencia de lo inverosímil constituya la razón secreta de la vigencia que sus *Cuentos* continúan ejerciendo a lo largo del tiempo.

Tuvo Washington Irving buena estrella, representando un caso aparte en la nómina de dolientes de las letras, que sólo alcanzan en caso de tener mérito para ello, el más allá de la gloria póstuma, como irónica recompensa a una vida de penurias, negaciones, fracaso y desaliento. No se columbra, en lo que conocemos de su biografía, esa gran desventura, casi ineludible en las credenciales de los escritores famosos, y peor si, como él, atravesaron el siglo romántico por excelencia. Tuvo una familia bien constituída, padres excelentes, muchos hermanos bien avenidos. Jorge Washington puso un día la mano sobre la frente del pequeño Irving, que llevaba su nombre, e hizo este voto: «Sé bueno.» Hubo prosperidad en torno de su juventud. Pudo cultivar su espíritu, estudió abogacía, cumplió sus ansias de viajes, experimentadas en plena niñez, cuando «gustaba de vagar —dice— por las escolleras y de ver la partida de los barcos, en los que habría deseado

navegar hasta el cabo del mundo». A los diecisiete años remontó el Hudson, y el encantamiento del bello panorama ofrecido a sus ojos, embelesados, le hizo suyo, enmarañándole el ánimo con las leyendas tendidas entre las orillas de aquel hermoso río, al que ya se llamaba el Rhin de la América del Norte. El joven abogado publicó en el *Morning Chronicle,* diario de uno de sus hermanos, sus primeros ensayos, con el seudónimo de *Jonathan Oldstyle.* Otros seudónimos utilizó en su carrera periodística, y la vocación de escritor, más fuerte que andar entre códigos y pleitos, le alejó al fin de la abogacía. Fué en 1804 a Europa. El recorrido abarcó varios países, y todo fué provechoso aprendizaje para el muchacho, que conciliaba en su temperamento el criterio realista con que sus compatriotas estaban enfrentando la tarea del porvenir nacional con el torbellino romántico que en el Viejo Continente iba dejando la huella imperecedera de una modalidad sentimental, que en la literatura del mundo aún sobrevive, así sea con apariencia de pavesas, pero defendiendo el rescoldo inextinguible bajo todos los «ismos» que procuraron desterrarla. Continuó Irving, con sus hermanos, el mismo negocio de ferretería emprendido por su padre, y dicha actividad le llevó a Inglaterra, donde permaneció diecisiete años. Volvió famoso a su patria, y llegó a ser ministro de los Estados Unidos en España. Escritor, abogado, comerciante, diplomático, siempre la buena fortuna anduvo con él de la mano; por último encalló en su mansión hospitalaria junto al Hudson, señorial y afable, cortés y sentimental: una existencia armoniosa, como su talento. La historia y la literatura de los Estados Unidos y de España le adeudan, por igual, ese fervor entusiasta con que se consagró a tipificar los ideales populares americanos y a exaltar el embrujo del pasado hispánico.

En los *Cuentos de la Alhambra* resucita el autor una época extinguida hace varios siglos, y aunque el calibrado estilo parece haber eliminado deliberadamente las efusiones fabulosas, la reminiscencia no es menos vivaz, ni se incorpora menos en sus capítulos una procesión de fantasmas coloridos y elocuentes, como si los estuviera describiendo un espectador contemporáneo. El norteamericano esconde bajo su compostura de narrador objetivo una brasa lírica, un surtidor poético, como esos que en los jardines del Generalife derraman musicalmente la salmodia sin edad de su frescura y su gracia alucinada.

Washington Irving traza con pinceladas sobrias la grandeza del panorama español y ese mundo popular, viril, poemático, tunante, intenso, abigarrado, picardía de lanzarillos o altivez de hidalgos, sanchescas corduras o encandilamientos de Quijote, majeza, bandolerismo, arrojo, piedad y bravura, todo brota espontáneo, sin retóricas, íntegro y viviente, capturado con amor de entendido y pasión contemplativa

por el genio de un hombre de otra raza, que acrece el mérito de haberse adentrado tan sagazmente en la entraña de la nuestra. Cuando aparecen estos cuentos en 1832, muchos títulos le han dado ya celebridad de uno y otro lado del Océano, como *Historia de Nueva York,* firmada por *Knickerbocker,* ó *Cuentos de un viajero.* Pero su predilección por la Península la consagran varios volúmenes de tema español: *Historia de la vida y los viajes de Cristóbal Colón, Historia de la conquista de Granada por fray Antonio Agapido, Leyendas de la conquista de España, Mahoma y sus sucesores,* además del que comentamos.

Pero, sin duda, la culminación de su estilo y la plenitud de su talento campean en *Cuentos de la Alhambra,* donde van juntos «lo histórico y lo poético, tan inseparablemente entremezclados en los anales de la romántica España», según dice el autor. Y aunque la suya no es fácil de dejarse arrebatar, anotará que «en todos los recuerdos de la Península hay algo novelesco que resulta grato a la imaginación». En esos capítulos cruzan las caravanas de arrieros, cuyas mulas llevan en los arneses campanillas que tintinean mientras marchan, dando sin querer un fondo musical a las canciones que en el camino entonan los muleteros, fieles a su herencia mora. Allí se yerguen, bravíos y galantes, los bandoleros famosísimos. Allí surge la estampa multicolor de las posadas, con mozas de picante belleza que prenden flores luminosas entre los cabellos oscuros, con andaluces esbeltos y bailarines. Allí el tiempo detenido entre piedras vetustas, donde todo es pasado y el presente no existe. Allí, por fin, el palacio de la Alhambra, en cuyas habitaciones abandonadas viven personajes pintorescos y humildes, que parecen salidos de la picaresca. La evocación de Irving puebla de nuevo las salas desiertas, levanta ecos murmurantes en el Salón de los Embajadores, convoca espectrales huéspedes en el de los Abencerrajes, recorre, a través de un olvido secular, el palacio suntuoso que empezó Alhamar y concluyó Yucef, medita ante la puerta clausurada por la que huyó Boabdil, se prenda para siempre del edificio de prosapia moruna, del que tomaron posesión los muy cristianos reyes Fernando e Isabel con una misa solemne. Nombres lindos y sugestivos de doncellas árabes —Zoraida, Lindaraja, Zelinda— vagabundean por los jardines visitados por la bruja luna española, que provoca idilios y serenatas, y acaso la guitarra, cuyos rasgueos lejanos nos dicen de rejas y romances, está hablando el mismo lenguaje suspirante que encendía rubores en las jóvenes con nombres sonoros como el caer del agua en las fuentes de alabastro...

Irving ha sentido la gravitación del pasado en ese ambiente poderoso de vibraciones invisibles, donde el misterio se abraza de cada columnata, entre los arabescos, en los decorados de los muros, en los

artesonados milagrosos de los techos. Y cree ver a los protagonistas lujosos que habitaron la morada vacía; se le aparecen los Abencerrajes asesinados; se alza toda la leyenda cruel y magnífica que se hospeda en los salones primorosamente adornados, o sorprende a los Reyes Católicos, que trajeron la cruz cristiana a la residencia donde brillaron otros esplendores abolidos. Pero vuelve a la realidad: «Ha pasado la fugaz ilusión; se desvanece el espectáculo de la imaginación; rey, prelado y guerrero retornan al olvido con los pobres musulmanes sobre quienes triunfaron. El salón de sus triunfos está desolado y vacío.» Sin embargo, Irving no escapa a la presencia invisible que flota en los patios sonorosos: «Cuatro siglos han transcurrido desde que desapareciera la bella Lindaraja y todavía ¡cuánto perdura de la frágil belleza de los lugares que habitaba! Aún florecía el jardín donde se deleitara; la fuente aún ofrecía el cristalino espejo donde acaso se reflejaran un día sus encantos; el alabastro, es cierto, había perdido su blancor; la taza inferior, cubierta de maleza, se ha convertido en madriguera de lagartos, mas en esta misma decadencia hay algo que realza el interés del paraje, hablándonos, como lo hacía, de la mutabilidad, que es el irrevocable fin de toda obra humana.»

Conmovido por la fugacidad de los faustos terrenos, Irving ha recogido, como un legado, las leyendas adheridas al «palacio hechizado», que hablan de prisioneros, de oro enterrado, de espectrales visitantes, de ruidos nocturnos y subterráneos, de miedos, de todo eso oculto y enigmático, cuyo lírico embrujo hizo del autor un perpetuo enamorado de esos lugares fascinantes, en los que el ayer concita un lánguido abandono, que viste las ruinas de silencio y nostalgia. Siguió viaje el viajero. Pero después de leer este libro se comprende que alguna mágica fórmula lo preserva de la caducidad; que entre sus páginas no cabe la vejez, que marchita a los individuos igual que a las obras literarias. Y sabemos también que, como en un desquite póstumo, los monarcas musulmanes se adueñaron de un ciudadano norteamericano que nació siglos después de que el último de ellos dejara de existir.

Porque Washington Irving fué, sin duda, el último cautivo de los reyes moros de la Alhambra.—DORA ISELLA RUSSELL.

TRES PIEZAS DE HORROR

Asistimos en Cádiz el pasado verano al estreno de *Tres piezas de horror,* de Fernando Quiñones. La puesta en escena la realizó «Gris Pequeño Teatro de la Ciudad de Cádiz», grupo de Cámara que, diri-